

HIPÓLITO RUIZ Y LA EXPEDICIÓN BOTÁNICA EN CHILE (1782 – 1783)

HIPÓLITO RUIZ AND THE BOTANIC EXPEDITION IN CHILE (1782 – 1783)

Rodrigo Moreno Jeria
Universidad Adolfo Ibáñez
rodrigo.moreno@uai.cl

RESUMEN

Durante el siglo XVIII fueron varios los ejemplos de presencia ilustrada española en la costas de Chile. Se puede recordar, por ejemplo, la expedición de Jorge Juan y Antonio de Ulloa en 1744, o el minucioso trabajo cartográfico realizado por el piloto José de Moraleda a partir de 1786. Y cómo no citar la extraordinaria empresa de Alejandro Malaspina, posiblemente la más importante incursión científica realizada en Chile colonial. Sin embargo, en la misma centuria, arribó al país una expedición botánica, dirigida por el joven científico Hipólito Ruiz, que durante dos años recorrió el territorio de la región central, procurando realizar un primer gran intento de analizar científicamente las potencialidades de la naturaleza del país. Su experiencia, llena de vicisitudes e infortunios, quedó reflejada en la Relación que, años más tarde, redactó en Madrid y a la importante documentación que hasta la fecha se resguarda en archivos públicos y privados.

PALABRAS CLAVE: Hipólito Ruiz, expedición botánica, ciencias, viajes.

ABSTRACT

During the XVIII century there were various examples of spanish illustration present off the coasts of Chile. We could mention, as an example, the case of Jorge Juan and Antonio de Ulloa's expedition of 1744, or the very detailed cartographical research carried out by pilot José de Moraleda from 1786. How to forget the extraordinary effort by Alessandro Malaspina, possibly the most important research expedition realized in Chilean coasts during colonial years. Additionally, during the period a botanical expedition led by the then young scientist Hipólito Ruiz, who during two years visited the central Chilean territory, looking to carry put a first attempt in analyzing the naturalist potentials of the country. His experience, filled with

vicissitudes and misfortune, was reflected on his "Relación"; his report that was written years later in Madrid and the important volume of documentation that is preserved to this day in public and private archives.

Key Words: *Hipólito Ruiz, Botanical Expedition, Science, Travel.*

Recibido: 16 de septiembre de 2015

Aceptado: 14 de octubre de 2015

La expedición botánica al Virreinato del Perú, entendida en un contexto de viajes ilustrados del siglo XVIII, comenzó a proyectarse en 1776, cuando la Corona española aceptó la propuesta del ministro del rey Luis XVI de Francia, Anne-Robert Turgot, quien había solicitado al monarca hispano que el médico y botánico francés, Dr. Joseph Dombey, obtuviera permiso para pasar al virreinato peruano para estudiar el territorio y sus bondades herbarias y mineralógicas (Pelayo 46). Y si bien la propuesta tuvo una respuesta positiva, Carlos III estableció que solo podría concretarse con el compromiso expreso de que Dombey fuese acompañado de investigadores españoles, uno de los cuales debía dirigir la empresa. Además, se establecía que cuando terminara el trabajo científico, se compartirían todos los hallazgos y logros, aunque se respetaría la primacía que sobre el tema tendría España, puesto que la investigación se desarrollaría en sus dominios (Steele 48-49).

Este proyecto, que contemplaba profundizar en el estudio de la quina en el Perú, y al mismo tiempo, explorar en profundidad todas las bondades de la tierra del mundo andino, incluía también recorrer los territorios del actual Ecuador, en particular Guayaquil, y Chile, en la frontera sur del Virreinato¹.

Ahora bien, organizar la tarea no fue fácil. En primer lugar, el compromiso de destinar dos botánicos españoles en la expedición, obligó a un largo período de búsqueda y preparación, de más de un año, tiempo en que el científico francés residió en Madrid a la espera de la concreción del proyecto. De hecho, las reales cédulas de autorización de la empresa se expidieron recién el 8 de abril de 1777, es decir, un año después de la primera autorización, y el zarpe de la expedición se concretó casi siete meses más tarde, es decir, en noviembre de dicho año.

La responsabilidad de formar esta empresa hispana estuvo a cargo del entonces reconocido botánico, Casimiro Gómez Ortega, quien desde 1777 se convirtió *de facto* en el director técnico de la empresa (González Bueno y Rodríguez Nozal 54). Su misión inicial no solo fue tomar contacto con Dombey, sino que también hallar a las personas idóneas que conformaran esta primera expedición botánica hispana al virreinato peruano, elección que finalmente recayó en dos jóvenes e inexpertos botánicos,

¹ La quina o quinina es la sustancia obtenida de la corteza del quino y que para la época era considerada uno de los mejores agentes contra la fiebre. El viaje tenía pretensiones de entregar a España el monopolio comercial de dicho febrífugo (Ruiz, *Relación del viaje* 17).

Hipólito Ruiz y José Pavón, decisión sorprendente si se considera los pergaminos del científico francés, y la responsabilidad que asumía el monarca Carlos III de concretar un viejo anhelo del mundo ilustrado hispano.

Hipólito Ruiz había nacido el 8 de agosto de 1754 en la localidad de Belorado, provincia de Burgos, siendo sus padres Pedro Ruiz y Teresa López, quienes se dedicaban a desarrollar tareas agrícolas. Ahí podríamos encontrar los primeros vínculos de Hipólito con la naturaleza, aunque la formación científica y humanista la recibió gracias a la colaboración de su tío Basilio López, sacerdote del clero secular, quien le formó en primeras letras y latinidad. Más tarde, a los catorce años de edad, abandonó su hogar para continuar sus estudios en Madrid, gracias a la ayuda de otro tío materno, don Manuel López, farmacéutico de profesión, quien es posible haya influido en la vocación definitiva del joven burgalés (González Bueno 8).

La formación de Hipólito se centró en conocimientos de física experimental, lógica, química y farmacia, a los que añadió más tarde la botánica. En este último saber, determinante fue la educación recibida en el Jardín de Migas Calientes, origen del Real Jardín Botánico de Madrid, fundado en 1755 (Añón 11). Fue en esta etapa formativa iniciada en 1772, en que Hipólito conoció a don Casimiro Gómez Ortega, iniciándose con él una estrecha relación maestro—discípulo que se extendió por años, y que fue determinante a la hora de ser Ruiz el elegido para liderar la expedición botánica de 1777².

Con tan solo 22 años, y sin haber todavía recibido el título oficial de farmacéutico, diploma que obtuvo recién en 1790 (Steele 50), Hipólito se enteró de su nombramiento, el cual debió haber sido sorpresivo. Más aún si se considera que tenía que liderar una empresa científica en que hasta ese momento tenía como único integrante confirmado, al experimentado botánico Dombey, quien además ostentaba el grado de doctor en medicina, es decir, con una trayectoria no comparable a la del joven e inexperto estudiante oriundo de Belorado.

Las razones de su elección debieron estar claramente asociadas a la estrecha relación con Gómez Ortega, encargado de buscar a los integrantes de la expedición, y cuya prioridad era hallar a alguien de su entera confianza, lealtad y afinidad metodológica, tema no menor en expediciones científicas que en teoría generarían abundante material

² La relación de Gómez Ortega con Ruiz fue muy estrecha e incluso años más tarde, tras el regreso del Virreinato, se vincularon familiarmente puesto que Hipólito se casó con la sobrina de su maestro.

de trabajo y análisis. En este contexto, no debemos olvidar que para entonces Gómez Ortega y, por ende, su apreciado discípulo, seguían la escuela linneana³.

A los argumentos anteriores para hallar los verdaderos criterios por los cuales se eligió a Ruiz, la juventud del candidato podría haber jugado a favor suyo, en cuanto cumplía con los requisitos físicos que implicaba una empresa que al menos iba a invertir cuatro años en duros trabajos de campo en el virreinato peruano; sin embargo, esta hipótesis suele ser cuestionada, puesto que fueron recurrentes los problemas de salud, incluso antes de partir a cumplir con su cometido en América. A propósito de este aspecto, el propio tío Manuel López cuestionó el nombramiento de Hipólito, por considerarlo no apto por problemas físicos; en específico, porque sufría complicaciones respiratorias (González Bueno 4). Y estas aprehensiones parece que estaban bien fundadas, puesto que Ruiz enfermó con altas fiebres en Madrid antes del viaje a Cádiz, y estuvo más de cuatro meses postrado, no recuperándose sino en los días previos al embarque en el puerto (*Relación del viaje* 98).

Por lo anterior, todo parece indicar que los buenos contactos de Ruiz, además de la valorable enseñanza recibida, primero por sus familiares, y luego por sus profesores en el Real Jardín Botánico, fueron determinantes para ser designado como primer botánico de la expedición.

Ahora bien, como la misión de Gómez Ortega era buscar dos integrantes y su respectivo equipo de trabajo, junto con la designación de Ruiz, se nombró al segundo botánico de la empresa, recayendo la elección en José Pavón, otro alumno suyo del Jardín Botánico, originario de Casatejada, Cáceres, y que era sobrino de su tío homónimo, quien había sido segundo boticario de Carlos III (Steele 50).

Con buena formación pero con poca experiencia, este candidato tenía 23 años; por lo tanto, la selección de su persona parecía responder a los criterios de lealtad y subordinación que esperaba el maestro de sus discípulos. De otra forma, cuesta explicar las razones de entregar tal responsabilidad a este joven estudiante que tampoco tenía aún título profesional. Al igual que Ruiz, la mejor de las garantías era el haber estudiado en el Jardín y, por lo tanto, pertenecer a una escuela científica definida por quienes serían sus superiores.

Tras la elección de los dos botánicos, la siguiente tarea de Gómez fue seleccionar a dos dibujantes que conformarían el equipo de trabajo definitivo. Para ello se estableció un concurso público que ganaron José Brunete e Isidro Gálvez, aunque todo parece indicar que también su elección no fue solo por méritos, puesto que antes del concurso ya figuran sus nombres en la documentación contenida en el Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales (AMNCN), en Madrid, correspondiente a

³ En esta formación hacia el sistema sueco de Linneo (Linné), también contribuyó de manera importante el botánico Antonio Palau, quien fue profesor de Ruiz en el Jardín.

enero de 1777. De todos modos, los candidatos tenían sus méritos, puesto que estaban bien formados y cumplían las expectativas. Así, Brunete ganó la plaza como primer dibujante y Gálvez como segundo. Sin embargo años más tarde Dombey, al regreso de América, confesaría que el segundo era mejor que el primero (AMNCN, Carta de Dombey a Gómez Ortega, 8 de marzo de 1785. Catálogo de expediciones).

Ahora bien, 1777 fue un año de preparación para los expedicionarios, proceso en el cual el botánico francés, único doctor del equipo, parece haber colaborado dada su mayor experiencia, así como también por residir en Madrid desde el año anterior (González Bueno, *José Celestino* 9). Además, él era el mayor, puesto que tenía 35 años de edad, muy sobre los 23 de Ruiz, Pavón y Gálvez, y los 31 de Brunete. Como diría un autor, la expedición la conformaban “un experto de genio francés y cuatro novicios españoles” (Steele 50). Sin embargo, Dombey solo quedó oficialmente en la empresa como “miembro acompañante de la misma profesión”, es decir, botánico (Ruiz, *Relación del viaje* 98).

Finalmente el viaje se pudo concretar el 17 de octubre de 1777, fecha en que abordaron el navío San Joseph, conocido como “El Peruano”, el cual, tras varios días de mal tiempo en la bahía de Cádiz, pudo salir del puerto recién el 4 de noviembre. Y tras una larga travesía atlántica, y tras pasar por el Cabo de Hornos, la nave surcó por el Pacífico meridional hasta arribar al puerto del Callao, el 8 de abril de 1778 (Archivo General de Simancas, Marina 410-1, 523⁴). Lamentablemente, el diario que sabemos que Ruiz redactó sobre este viaje de ida hoy se encuentra perdido, y por lo tanto no se han podido rescatar las opiniones del botánico, en especial, lo que tiene relación con la experiencia que ganaría al observar condiciones climáticas extremas en el sur del mundo, que le servirían al momento de dar instrucciones de cómo transportar plantas desde el virreinato hacia la península ibérica.

Arribados a Lima, los botánicos y sus dibujantes emprendieron la tarea de herborizar Lima y sus territorios cercanos. Tras un año de trabajos, y de recopilación no solo de plantas, sino también de algunos hallazgos arqueológicos en el conjunto de Pachacamac, al sur de la capital, en 1779 continuaron sus trabajos en la sierra central del Perú, en especial en Tarma y Xauxa, ricas en especies medicinales. Allí transcurrió otro año de trabajos, hasta que en 1780 se internaron en la región de Huánuco, puerta de entrada a la Amazonía, territorio de alto valor económico y estratégico, puesto que siguiendo las Instrucciones recibidas en España, los expedicionarios debían encontrar el árbol quino, primer objetivo de la empresa.

Hasta ese momento, la expedición marchaba acorde a los planes y, por lo tanto, todo hacía presagiar que la misión de Ruiz no sufriría interrupciones o alteraciones. Sin embargo, mientras se encontraban en la región más importante para los botánicos

⁴ Gentileza de Jorge Ortiz Sotelo.

y para la propia monarquía hispana, se produjo la rebelión de Tupac-Amaru II, que impidió continuar con tranquilidad las investigaciones en la región, obligando a Ruiz a cambiar los planes iniciales. Es el propio Hipólito quien da las razones del por qué abandonaron Perú y decidieron partir a Chile:

[...]Resolvimos embarcarnos para el Reyno de Chile, así por las noticias que adquirimos de la fertilidad de la tierra y abundancia de vegetales y demás Producciones Naturales de aquel Paraíso terrenal, como por no poder internarnos en las montañas del Perú con motivo de hallarse sublevadas varias de sus Provincias y empeñado en coronarse en aquel Reyno Gabriel Tupac-Amaro ó su hermano Diego (*Relación del viaje* 190).

La pregunta que surge inmediatamente es por qué no se dirigieron al norte, específicamente a Guayaquil, territorio que de todas formas estaba más cercano al objetivo de la quina. La razón parece sustentarse en que la mencionada rebelión, al extenderse a todo el mundo andino, también provocó una inestabilidad general que hacía sensato adelantar la partida a Chile, misión que claramente no era prioritaria hasta ese momento. De hecho, el que Ruiz haya confesado que “por las noticias que adquirimos” resolvieron viajar, da a entender de que no estaba contemplado dedicar el tiempo que finalmente se le concedió al capítulo chileno de la expedición.

Además, no viajaban a cualquier parte del territorio, sino a la frontera de guerra, zona que si bien no tenía ningún grado de conexión posible con la sublevación o revuelta andina, sí era un territorio complejo con un largo historial que cualquier visitante debía conocer.

Así, embarcados en el navío “Nuestra Señora de Belén” el día 21 de diciembre de 1781, Hipólito Ruiz y sus compañeros de viaje emprendieron rumbo al sur de Chile, arribando al puerto de Talcahuano, en la bahía de la antigua ciudad de Concepción, el 29 de enero de 1782 (*Relación del viaje* 192). Ya en tierra penquista, fueron recibidos por Ambrosio Higgins⁵, un irlandés al servicio de la corona española, quien para entonces era el gobernador de la provincia y Maestre de Campo.

Trasladados a la cercana Concepción, ciudad que hacía tres décadas tenía un nuevo emplazamiento a las orillas del río Bío Bío, y tras los encuentros protocolares y reuniones con personalidades importantes de la zona, los botánicos y dibujantes comenzaron su trabajo de extraer todo el material posible en aquella fértil región, no sin antes observar las complejas relaciones de españoles e indígenas, tema en que, al parecer, Ruiz comenzó a interiorizarse a través de la lectura de documentación histórica,

⁵ Cambió su apellido en 1788 a O'Higgins cuando solicitó recuperar el título ancestral de su familia, Barón de Ballynary, el que le fue concebido en 1795. En 1796 se convirtió en el primer Marqués de Osorno.

puesto que en sus manos tuvo información que le permitió conocer el complejo proceso que hasta la fecha se había vivido en el lugar, carencia que tuvo en la serranía peruana, al no comprender la crisis que se vivió con el levantamiento de Tupac Amaru II. A nuestro juicio, el largo camino a Chile y la temible fama de los territorios en donde tendría que herborizar, motivó a Ruiz a prepararse mejor para lo que debería enfrentar en los siguientes meses.

Por ejemplo, en su primera internación a la frontera de guerra, que para entonces vivía tiempos de calma, O'Higgins los invitó a observar un Parlamento que llevarían a cabo en el fuerte de Arauco, en donde se haría una demostración de la autoridad, que podía servir tanto a los botánicos y dibujantes españoles, por la seguridad que las autoridades ofrecían a sus visitantes, o para mostrarle al invitado extranjero, el dominio que tenían del territorio y sus habitantes, tema no menor para foráneos que de una u otra forma, informaban a sus gobiernos la realidad hispana en América. A propósito de estos Parlamentos, Ruiz afirmaba que

[...] se han hecho repetidas veces han prometido paz y buena armonía; pero les ha durado poco tiempo. En el último Parlamento general celebrado en 21 de diciembre de 1774 por el Sr. Don Agustín de Jauregui en el campo de Tapique [sic] se convinieron entre otras 18 capitulaciones en pasar a Santiago algunos caciques con el título de Embajadores y hasta el día se observa esta especie de embajada (*Relación del viaje* 204).

Sobre este aspecto Ruiz estaba bien informado. Tal como señalamos, él tuvo acceso a referencias históricas, y entre ellas, tenía un documento fundamental titulado “Parlamento General celebrado en 21 de Diciembre de 1774 en el Campo de Tapique por el Sr. Don Agustín de Jauregui Presidente del Reyno de Chile con los Indios Gentiles de la Frontera”, copia que posiblemente había obtenido en los tiempos en que estuvo en Concepción en contacto permanente con personajes como O'Higgins, quien pudo haberle facilitado el acceso a dicha fuente.

Además, la constatación pesimista que Ruiz hace sobre estas reuniones y la duración de los acuerdos, se fundamentaba en otro documento que estaba en su poder y que fue de suma importancia para comprender el contexto de la guerra de Arauco. La fuente era una Relación que abarcaba todos los sucesos de la frontera y la serie de Parlamentos realizados a través del tiempo, hasta el último que se había convocado en Negrete en 1771. Este documento, inédito hasta la fecha, se titula “Siendo el unico y principal fin de esta muy Ilustre Junta que por decreto del supremo Gobierno se manda hacer en esta capital de la Frontera buscar en el dictamen de sus vecinos principales el atajo de los males que en el dia experimentamos; y un remedio efectivo y permanente de los mayores que en lo futuro justamente tenemos para que este (cerciorado no solo del presente sistema sino tambien de todo lo acaecido en los tiempos pasados) sea mas acertado, nos pareció formar esta Relacion lo mas reducida que permite la materia”.

De autor hasta ahora desconocido, pudo haber pasado a manos de Ruiz durante la referida estancia en Concepción⁶.

Precisamente gracias al conocimiento que Ruiz adquirió sobre la guerra de Arauco es que llegó a emitir opiniones que, si bien no se sustentaban en una gran experiencia en terreno, sí apuntaban a hipotéticas “soluciones” para poner fin a las rebeliones indígenas, y, por ende, a la guerra. Así, llega a señalar que “si a los chilenos se les diese permiso para sujetarlos por las armas, los obligarían a vivir en poblaciones o acabarían en pocos años con ellos por librarse de sus correrías y frecuentes robos que experimentan en sus haciendas que a veces dejan destruidas con muerte de algunos que en ellas habitan”. El botánico sugería que la solución de la guerra de Arauco era una decisión que pasaba por la voluntad de la Corona, pero al mismo tiempo se podía advertir las consecuencias que tendría una medida violenta como la que sugería el personaje.

Precisamente, los referidos Parlamentos eran la estrategia a la que optaban las autoridades políticas de la época, tal como lo acaecido en el fuerte de Arauco el 27 de febrero de 1782. En esta reunión, en que Ruiz fue testigo ocular, se acordó que los indígenas de la costa de Arauco se comprometían a resguardar y dar aviso a los españoles en caso de avistamiento de más de dos naves en el océano, puesto que podía significar la presencia de buques extranjeros. Y asimismo, estos mismos indios y los de los llanos se comprometían a impedir el paso de desertores de la plaza fuerte de Valdivia que pretendían pasar al norte, o dar asistencia o refugio a delincuentes o fugitivos. Se ofrecía a cambio ayuda mutua frente a enemigos comunes como pehuenches o huilliches, con los cuales los mapuches se hallaban en guerra (*Relación del viaje* 198). Lamentablemente, como lo advertía el propio botánico, estos acuerdos solo se cumplían por un tiempo y requerían volver a reafirmarlos en tiempo no lejano.

En suma, Hipólito Ruiz observó con atención el escenario en que debería realizar su trabajo de herborización, comprendiendo que la observación del entorno en el que desarrollaría su misión era fundamental, e incluso aquel espacio que no podría ser visitado durante su estancia en Chile. Tal es el caso de su interés por el escrito “La verdad en campaña”, redactado por Pedro Isauro Martínez de Bernabé, quien terminó la obra en Valdivia en 1782; de alguna u otra forma, el botánico pudo acceder al manuscrito y copiarlo⁷. Valdivia era un espacio territorial distante, al cual Ruiz y sus compañeros

⁶ Este documento, junto a otros tres, debió conformar lo que la historiografía de la expedición de Ruiz y Pavón denomina los papeles de “Las guerras de Chile”, manuscritos que hasta la fecha se creían perdidos y que se conservan en la Biblioteca de Agustín A. Edwards, en Chile.

⁷ Una copia de este manuscrito, que fue propiedad de Ruiz, también conformó el conjunto de documentación referida como papeles de “Las guerras de Chile” y que hoy se conservan en la Biblioteca Agustín E. Edwards.

de viaje no podrían acceder, pero la atención por el territorio, incluyendo su historia, sociedad y por supuesto, su realidad natural, no estuvieron fuera del vivo interés que el científico burgalés tuvo por el extremo sur de la gobernación.

Y así como el mencionado botánico conoció en detalle aspectos vinculados a la historia fronteriza, que para entonces ya sobrepasaba doscientos años de vicisitudes, también en la citada Relación el científico describió aspectos de la vida cotidiana, de la que fue testigo presencial. Al observar a las mujeres mapuches, referenció algunos detalles con propiedad: “andan descalzas, no usan camisas ni enaguas, cuando hace algún ejercicio casero se prenden a la espalda los ángulos anteriores de las mantas exteriores para el mejor manejo de lo que están haciendo; en ese acto quedan al aire sus desnudos brazos”. Lo anterior muestra que Ruiz era un hombre observador del entorno en que desarrollaba su trabajo científico, y en este escenario, las personas le generaban un interés particular.

Así, describió diferencias entre indígenas de diversas regiones, y en su relato aprovechó de referirse a la belleza o fealdad de acuerdo a la subjetividad propia de sus parámetros culturales. Por ejemplo, describía a los indígenas de la costa y de los llanos como “bajos y de rostros comúnmente feos”, pero en el caso de las mujeres, su percepción mejoraba, aunque sin entusiasmarse: “hay entre las indias rostros muy graciosos y graves sin embargo de que en lo general no son hermosas” (*Relación del viaje* 200-201). Del mismo modo, Ruiz observó las grandes habilidades que mostraban en la guerra, aunque sobre este punto los juicios del español eran categóricos: “los indios son naturalmente téticos y belicosos, pelean y hacen frecuentes correrías a caballo, usan la lanza y laque, armas que manejan con destreza” (201).

Pero, al mismo tiempo, hubo otras actividades que sorprendieron al observador científico: “son excelentes nadadores especialmente los de la costa. Cuando acuden a la pesca del marisco salen en balsas o canoas con sus mujeres, que son las que se zambullen en el mar a desprender y sacar los mariscos, y los hombres se mantienen en las balsas para acomodar la pesca y ayudarlas a salir de fondo del mar cuando hacen la seña” (*Relación del viaje* 202), práctica que era frecuente en las indias huilliches del archipiélago de Chiloé.

Pero al margen de estas apreciaciones de los habitantes aborígenes de Chile, incluso en sus descripciones más entusiastas, Ruiz centró su trabajo en observar, recolectar y analizar las diversas plantas que fue encontrando en su camino. Por ejemplo, el mismo día que terminó el Parlamento de Arauco, realizaron una herborización en el cerro Colocolo, hallando la ñipa, a la que clasificaron como *Stereoxylon rubrum*, y cuyas principales virtudes, según lo que pudo recabar de los habitantes del lugar, era el que podía mitigar los dolores de los nervios. Lo mismo ocurrió días más tarde cuando, trabajando en las cercanías de Concepción, pudo hallar el palqui “cuyo cocimiento usan los indígenas como excelente contra las fiebres intermitentes” (*Relación del viaje* 226).

Durante el resto del año 1782 los científicos realizaron recolecciones de plantas y observaciones de árboles y arbustos en los territorios del obispado de Concepción, aunque también centraron su atención en los minerales de dicha región (*Relación del viaje* 226-231). Especial atención pusieron en la observación de la Araucaria, al que llamaron “pinos chilenos”, los que justo en ese momento estaban siendo talados para ser utilizados como arboladura de naves, en específico del navío San Pedro de Alcántara, quien había sufrido la pérdida de su palo mayor (AMNCN, Informe de Ruiz, Pavón, Dombey, Brunete y Gálvez a José de Gálvez, 23 de marzo de 1782)⁸. Esta nave, años más tarde, se haría tristemente célebre por un naufragio que protagonizaría en Portugal.

Posteriormente emprendieron la ruta hacia el norte, en dirección a la ciudad de Santiago, donde arribaron en la Semana Santa de 1783. En el camino, habían recopilado un importante número de plantas, esqueletos de las mismas, así como muestras de madera y geológicas. De igual forma, los dibujantes habían realizado un activo trabajo de representar fidedignamente los ejemplares indicados por los botánicos, tal como se les obligaba en las instrucciones recibidas en España.

En la capital fueron recibidos por el gobernador don Ambrosio de Benavides y el obispo don Manuel Alday y Aspée, además de sostener encuentros protocolares. Lamentablemente, durante la estancia en la capital Ruiz volvió a recaer de sus males, estando enfermo casi dos meses; además, los sorprendió un terremoto el 25 de mayo del mismo año. Un mes más tarde fueron testigos de graves inundaciones invernales en la ciudad. Todo lo anterior les hizo perder valioso tiempo y productividad a la hora de cumplir con los objetivos propuestos. Solo Dombey pudo viajar hacia el norte a reconocer el mineral de Azogue en la región de Coquimbo (*Relación del viaje* 232-233).

Ahora bien, cuando todo retornó a la calma, Ruiz realizó herborización en la cercanías de Santiago y valle central, pero al poco tiempo recibieron instrucciones de regresar al Perú, puesto que los plazos para finalizar la expedición estaban terminando, al menos en cuanto al plan inicial que contemplaba cuatro años de trabajo en el Virreinato, tiempo que, como veremos, terminó duplicándose.

En octubre de 1783, tras completar los trabajos y preparar el material para el viaje, los botánicos partieron rumbo al puerto de Valparaíso. Allí los esperaba el navío Nuestra Señora de las Mercedes, en el cual se embarcaron el 15 de octubre, arribando en el Callao el 3 de noviembre del mismo año (*Relación del viaje* 244).

⁸ Durante bastante tiempo se producirá una duda sobre la clasificación definitiva de este árbol. Finalmente en 1789 aparece el nombre Araucaria otorgado por Antonio Lorenzo de Jussieu y posteriormente Pavón lo reafirmó en 1794, tema que no gustó a Ruiz, quien siguió sosteniendo que era un género de pino de Linné.

Al regresar al Perú, se creía que la misión científica estaba prácticamente finalizada, y por ello prepararon todo el material que habían recolectado para ser embarcados en el citado navío San Pedro de Alcántara, que les esperaba en el principal puerto peruano. Cabe hacer notar que para entonces ya se habían remitido a España algunos envíos de plantas y principalmente semillas, pero la mayor parte del material, en especial los dibujos de Chile, así como las muestras de madera y minerales, viajarían en este transporte.

Sin embargo, cuando estaban en dichos preparativos, Ruiz recibió la noticia de que debían nuevamente ir a las montañas del Perú, específicamente a Tarma, Huánuco y Cuchero, puesto que la rebelión indígena había terminado, y por lo tanto, había que terminar con las tareas encomendadas. Lamentablemente, la carga recopilada en estos años igual fue remitida a España en el referido San Pedro de Alcántara, el cual naufragó en Petiche, cerca de Lisboa, perdiéndose todo el valioso material de la expedición, en especial el de Chile, que ya no pudo ser recuperado (Archivo General de Indias, “Indiferente General 2760, expediente del naufragio del navío San Pedro de Alcántara”, 1786-1803).

Para el caso peruano, el retorno a las montañas les daría otra oportunidad de recolectar y dibujar nuevamente las especies, no obstante, para entonces ya no estaría Dombey, quien fue autorizado a regresar a España, embarcándose en abril de 1784. Su regreso a la Península y su posterior arribo a Francia comenzó por generar dificultades no esperadas a raíz de la publicación de la *Stirpes Novae* en París, editada por Charles Louis L’Héritier y que contenía dibujos de flora americana de Dombey, infringiendo el compromiso de no adelantar resultados antes de que lo hicieran los españoles (Steele 150-159). Mientras tanto, continuaron la empresa Ruiz, Pavón, Brunete y Gálvez, a los que se sumaron dos nuevos integrantes, el joven botánico Juan José Tafalla y el dibujante Francisco Pulgar, quienes si bien no tenían experiencia, asumirían la misión de colaborar con la empresa y permanecer en el Virreinato cuando Ruiz y su gente regresaran a España.

En esta segunda etapa, el objetivo era permanecer el mayor tiempo posible en las montañas, profundizando los estudios sobre la quina, tema que se hacía más urgente debido a que ahora se competía con la expedición de José Celestino Mutis en el Virreinato Nueva Granada, quien en marzo de 1783 había obtenido la autorización para realizar una investigación científica que tenía, entre otros objetivos, el estudio de la quina neogranadina, para su posterior comercialización (González Bueno 13).

Naturalmente ambas expediciones, la de Ruiz y la de Mutis, servían al mismo monarca, y más aún, se estableció por Real Orden del 21 de octubre de 1783 el intercambio de información, pero en la práctica aquello nunca ocurrió. En definitiva, Gómez Ortega, gestor de la prórroga en España para Ruiz y su equipo, buscaba que

su expedición obtuviera los mayores resultados posibles sobre la quina, y en teoría, conocer de los avances que pudiera hacer Mutis en el virreinato del norte (González Bueno, *José Celestino* 11-127). Tres años y medio permanecieron Ruiz y su gente en los trabajos botánicos andinos, tiempo en que varias situaciones afectaron el buen cometido de la empresa.

Si bien se pudo avanzar mucho más que en la primera etapa, puesto que las largas permanencias permitieron observar, por ejemplo, los efectos de los cambios estacionales y climáticos, lamentablemente las dolencias de Hipólito Ruiz regresaron con fuerza, a tal punto que ya en 1786 solicitó a la Corona su retorno a España, algo que solo concretaría dos años más tarde. Además de la fatiga, cansancio y constantes estados febriles, a ello se sumaron algunas diferencias entre los botánicos y los dibujantes quienes, cansados de tantas correrías, protagonizaron un desafortunado incidente que tuvo graves consecuencias para la expedición en 1785.

Justo cuando los dibujantes decidieron abandonar, sin autorización de Ruiz, el campamento montado en la Hacienda Mácora, en la región de Huánuco, por considerar que su trabajo estaba terminado, ese mismo día se produjo un incendio fortuito que consumió la casa de la hacienda y, con ello, casi todo el equipaje de los expedicionarios. Ruiz estaba en ese momento lejos, recolectando ejemplares y Pavón estaba postrado enfermo. El accidente, provocado por el administrador de la hacienda, si bien no tuvo víctimas fatales, salvo algunas quemaduras menores que sufrió Pavón, los efectos para la empresa fueron lapidarios:

[...] se consumió en este incendio cuanta ropa y equipaje había llevado de Huánuco para mi uso, todos los productos naturales recogidos en aquellas montañas durante dos meses, los diarios de tres años y medio, las descripciones botánicas de cuatro años entre las cuales se hallaban unas 600 observaciones en los años anteriores y últimamente corregidas y perfeccionadas en Pozuzo y quebradas de Chinchao, por la mismas plantas vivas: las obras de Linneo, Murray, Plumier, Jacquin y otros varios libros así botánicos como de otras materias diferentes, las prensas, papel de desecar y conservar plantas y de escribir (*Relación del viaje* 268).

A ello se suma un extenso etcétera, que fue cuantificado en 4 a 5 mil pesos de la época, una fuerte suma que no compensaba la pérdida de los manuscritos, en especial, los que correspondían a su paso por Chile, incluyendo los diarios de viaje, los que se perdieron irremediablemente (Archivo General de Indias, Lima 677, Carta de Teodoro de Croix, virrey del Perú a Antonio Porlier, Secretario de Gracia y Justicia sobre los autos de la quema de las casas de la hacienda Mácora, Lima 5 de agosto de 1788).

Tras este desastre, los botánicos retomaron la tareas de recolección, y de recuperación de parte del trabajo perdido. A ello se sumaron Brunete y Gálvez, aunque la relación entre ellos nunca llegó a recomponerse. Dentro de todas las malas noticias

recibidas, felizmente Ruiz supo que muchas de las especies que había recopilado Dombey en Chile las llevaba duplicadas, pero aun así, las pérdidas de material por el naufragio, en especial de los dibujos realizados, fueron considerables.

Nuevamente la búsqueda se centró ya no solo en acrecentar el conocimiento de la botánica andina, sino en la recuperación de trabajo realizado en años anteriores. Así continuó la ardua tarea hasta que la expedición recibió otro duro golpe: José Brunete falleció por causas cardíacas en mayo de 1787, con solo 41 años de edad (*Relación del viaje* 291). Así, al poco tiempo, el 12 de octubre de 1787, Ruiz recibió con alegría la orden de preparar el retorno a casa. En ella se especificaba que él junto a Pavón y los dibujantes regresarían a Madrid, pero que Tafalla y Pulgar permanecerían en Perú, tal como había sido planeado en el primer momento⁹.

Ruiz continuó con la descripciones de plantas en Chacahuasi, Huánuco y Pillao, desecando gran número de vegetales, y preparó todo el material recopilado para el regreso a Lima junto a sus compañeros, el que ocurrió, tras una dura travesía, el 10 de febrero de 1788. Allí se presentaron a las autoridades, el Virrey Teodoro de Croix y el Superintendente don Jorge Escobedo, quien les notificó oficialmente del retorno a España en el navío “De la Concordia”, alias “El Dragón”, que ya los esperaba en el Callao. Tras el embarque de todo el equipaje, los botánicos y Gálvez zarparon el 31 de marzo de 1788, recibidas las autorizaciones respectivas y obtenidas las relaciones de méritos y servicios de parte del Virrey, quien destacaba la obra realizada por Ruiz, Pavón y Gálvez “con el mayor honor y exactitud” (Archivo General de Indias, Lima 679, n.17. Carta de Teodoro de Croix, a Antonio Valdés, Lima 31 de marzo de 1788).

El viaje fue extenso, puesto que el arribo a Cádiz ocurrió el 12 de septiembre de 1788¹⁰, once meses después de haber recibido la notificación de retornar. En la Relación conservada en Londres y editada por Jaramillo, Ruiz hizo un detallado relato de todo lo que observó en la larga navegación, haciendo una interesante descripción de peces y aves, así como la rutina que había empleado en el cuidado de las plantas vivas. De esta forma, su travesía fue bien aprovechada desde el punto de vista de la observación científica (*Relación histórica* 384-390). Sin embargo, hasta la fecha nunca se conoció que el botánico realizara la descripción del comportamiento en viaje de la Porlieria Higrométrica, mejor conocida en Chile como Guayacán, planta que llegó viva hasta el puerto de Santa María. Este documento inédito, de alto interés botánico se conserva hoy en Chile en la Biblioteca Agustín E. Edwards, y está pronto a ser publicado.

⁹ Para entonces en Madrid no se sabía de la muerte de Brunete.

¹⁰ En el estudio que hace de la Porlieria Higrométrica, Ruiz especifica que su arribo fue el 12 de septiembre, pero erróneamente dice en la Relación que llegó el 12 del mes siguiente. Sin embargo, en el manuscrito de la Relación conservada en Londres, reafirma que arribaron el 12 de septiembre (Ruiz, *relación histórica* 383).

En Cádiz, y ante la mala salud de Ruiz, sus compañeros se adelantaron y pudieron llegar a Madrid en el mes de octubre. Hipólito, ya recuperado de sus dolencias, pudo finalmente arribar un mes más tarde, es decir, once años después de su partida. En la capital se reencontró con su maestro y protector don Casimiro Gómez Ortega, a quien más tarde, tal como se mencionó, se vincularía familiarmente al casarse con su sobrina Remigia Gómez Ortega, matrimonio del cual nacieron cuatro hijos.

En 1789 recibieron la autorización para comenzar las tareas de publicación de los trabajos botánicos, tarea que se extendió por años. Ruiz y Pavón se integraron como miembros asociados al Real Jardín Botánico, aunque más tarde se creó la “Oficina de la Flora Americana”, la que desde 1792 contó con sede propia. Para entonces ya había problemas de relación entre los integrantes, producidos por las distintas formas de trabajar y por las preferencias que recibía Ruiz frente a sus compañeros Pavón y Gálvez. Además, valga hacer notar que estos dos últimos tenían vínculos familiares.

Los siguientes años fueron productivos en cuanto a la publicación de los primeros resultados, pero ante el escaso financiamiento nunca se pudo concretar el proyecto de publicar todo lo que se había podido obtener en la expedición. También hay que considerar en este fracaso la pérdida de poder de Gómez Ortega, quien comenzó a ceder protagonismo frente al destacado botánico José Antonio de Cavanilles, con quien Ruiz tuvo importantes diferencias (Ruiz *Quinología*). No obstante lo anterior, el burgalés pudo publicar algunas obras, entre las que se destacan la “Quinología, o tratado del árbol de la quina ó cascarilla, con su descripción y la de otras especies de quinos, nuevamente descubiertas en el Perú”, y la “Memoria sobre las virtudes y usos de la planta llamada en Perú, Bejuco de la Estrella”, aparecida en 1805.

En el plano personal, él heredó la farmacia de su tío Manuel López y, junto con sus responsabilidades en la Oficina botánica, trabajó allí hasta su sorpresiva muerte, acaecida en 1816. Le sobrevivió su compañero José Pavón, quien se mantuvo en el proyecto de la Oficina botánica hasta su cierre definitivo en 1831, aunque con bastantes polémicas a su haber, dado que al tener una muy precaria situación económica, vendió importante documentación a terceros, en especial al famoso botánico inglés Aylmer Bourke Lambert, tema que le valió serios problemas al final de sus días (García Guillén, “Historia” 200).

Con ello se cerraba un capítulo silencioso de una expedición de la que se esperaban importantes resultados y los que si bien dejaron alguna huella, proporcionalmente fue poca para los once años invertidos en dicha empresa científica. Para el caso de Chile, que centra nuestro interés, los resultados fueron aún más precarios. Si bien los botánicos estuvieron más de un año y medio recorriendo el territorio, las pérdidas acaecidas por el naufragio del San Pedro de Alcántara, en donde desaparecieron una gran

cantidad de dibujos y un número significativo de muestras botánicas y mineralógicas, el posterior incendio de Mácora terminó por asestar un duro golpe a los propósitos del proyecto de la Corona, puesto que se quemaron todos los diarios de viaje de Ruiz en tierras chilenas. Y este último aspecto se puede notar fácilmente porque el relato sobre Chile hecho en la Relación, tiene pasajes muy escuetos sobre su paso por las ciudades, observaciones de vida cotidiana y descripción del paisaje. Todo ello debió haber estado en los diarios a los que Ruiz hizo mención en su listado de pérdidas.

Sin embargo, de todas formas, los aportes realizados en el *Prodomus* (1794) y en la *Flora Peruviana et Chilensis* (1798 - 1799 y 1802) demuestran que, pese a todo lo anterior, fue mucha la información que pudieron rescatar, ya sea porque se enviaron remesas sistemáticamente o porque Ruiz, Pavón, los dibujantes y Dombey, guardaron para sí apuntes, cuadernos de campo y dibujos que finalmente llegaron a la Oficina botánica de Madrid. De hecho, la redacción de la *Relación de Viaje*, de la cual existen hoy tres versiones manuscritas, una en Madrid y dos en Londres, nos demuestra que Ruiz tuvo algunos borradores a su disposición para poder redactar su obra. Eso sí, para el caso de Chile, es posible que la obra de Juan Ignacio Molina (1788 y 1795) ayudara al autor a complementar las noticias que tenía perdidas o fragmentadas.

El reciente hallazgo de los papeles de “La guerras de Chile” en un archivo privado, que se creían irremediablemente perdidos, nos abre nuevas perspectivas sobre el conocimiento de esta expedición, y permite volver a dimensionar lo que fue la experiencia de esta empresa científica en la gobernación de Chile, donde, historiográficamente, no ha tenido repercusión. Sin intentar quitar méritos a Pavón, Brunete Gálvez y Dombey, hemos querido centrar en Ruiz nuestra atención, porque como responsable de la misma, fue él quien inmortalizó el relato de la expedición en su célebre *Relación* y mucha de la documentación conservada en diversos archivos, es de su inconfundible autoría.

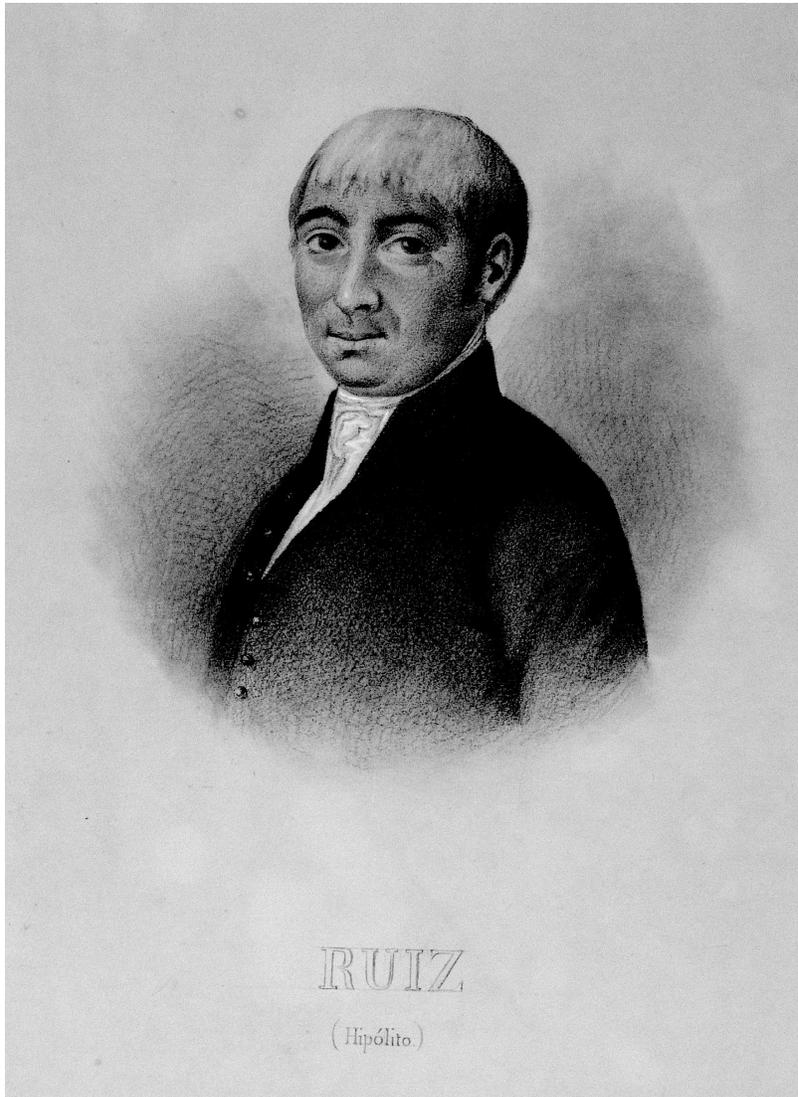
BIBLIOGRAFÍA

- Añón, Carmen. *Real Jardín Botánico de Madrid, sus orígenes: 1755-1781*. Madrid: Real Jardín Botánico CSIC, 1987.
- Archivo General de Indias. “Audiencia de Lima”. 677, 679.
- Archivo General de Indias. “Indiferente General”. 2760.
- Archivo General de Simancas. “Marina”. 410-411.
- Archivo Museo Nacional de Historia Natural de Madrid, fondo Catálogo de Expediciones.
- Biblioteca Agustín E. Edwards. *Hipólito Ruiz*. Manuscritos.
- García Guillén, Esther. “Historia administrativa y organización de los fondos de la expedición al virreinato del Perú (1777-1831)”. *La botánica al Servicio de la Corona*. Madrid: CSIC – Lunewerg, 2003. 170 – 204.

- . “El Real Jardín Botánico y sus colecciones en la época de Cavanilles”. *La Botánica Ilustrada. Antonio José Cavanilles (1745-1804). Jardines botánicos y Expediciones Científicas*. Madrid: Real Jardín Botánico, CISC – Lunwerg, 2004. 90-133.
- González Bueno, Antonio. “Antonio José Cavanilles, un botánico de la ilustración”. *La Botánica Ilustrada. Antonio José Cavanilles (1745-1804). Jardines botánicos y Expediciones Científicas*. Madrid: Real Jardín Botánico, CISC – Lunwerg, 2004. 52-90.
- . *José Celestino Mutis (1732-1808). Naturaleza y Arte en el Nuevo Reino de Granada*. Madrid: CSIC, Madrid, 2008.
- . *Aventuras, venturas y desventuras de un burgalés universal: Hipólito Ruiz López (1754-1816)*. Salamanca: Cersa editorial, 2014.
- Molina, Juan Ignacio. *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. Madrid: Por Antonio de Sancha, 1788-1795.
- Pelayo, Francisco. “Las expediciones científicas francesas y su influencia en la España del siglo XVIII”. *La botánica al servicio de la Corona: La expedición de Ruiz, Pavón y Dombey al Virreinato del Perú (1777-1831)*. Madrid: CSIC Real Jardín Botánico – Lunwerg editores, 2003. 14-49.
- Ruiz, Hipólito. *Relación del viaje hecho a los reinos del Perú y Chile*. Eds. Raúl Rodríguez Nozal y Antonio González Bueno. Madrid: CSIC, 2007.
- . *Relacion histórica del viage que hizo a los Reynos del Perú y Chile el botánico D. Hipolito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regreso a Madrid*. Ed. Jaime Jaramillo – Arango. Madrid: Real Academia de Ciencias exactas, Físicas y Naturales, 1952.
- . *Quinología, o tratado del árbol de la quina ó cascarilla, con su descripción y la de otras especies de quinos nuevamente descubiertas en el Perú, del modo de beneficiarla, de su Eleccion, Comercio, Virtudes, y Extracto elaborado con Cortezas recientes, y de la Eficacia de este, comprobada con observaciones, á que se añaden algunos experimentos Chímicos, y noticias acerca del Analisis de todas ellas*. Madrid: en la Oficina de la Viuda e Hijo de Marín, 1792.
- . *Pavón, José. Florae Peruvianae et Chilensis prodromus, sive Novorum generum plantarum Peruvianarum et Chilensium descriptiones, et icones. Descripciones y láminas de los nuevos géneros de plantas de la flora del Perú y Chile*. Madrid: Gabriel de Sancha, 1794.
- . *Respuesta para desengaño del público á la impugnacion que ha divulgado prematuramente el Presbítero don Josef Antonio Cavanilles [sic], contra el Pródromo de la Flora del Perú, é insinuación de algunos reparos que ofrecen sus Obras botánicas*. Madrid: en la imprenta de la Viuda e Hijo de Marín, 1796.
- . *Pavón, José. Flora Peruviana et Chilensis, sive Descriptiones, et icones plantarum Peruvianarum, et Chilensium, secundum systema Linneanum digestae, cum characteribus plurium generum evulgatorum reformatis*. Madrid: Typis Gabrielis de Sancha, 1798, 1799 y 1802.

— *Memoria sobre las virtudes y usos de la planta llamada en el Perú Bejuco de la Estrella*. Madrid: Imprenta de José del Collado, 1805.

Steele, Arthur. *Flores para el Rey. La Expedición de Ruiz y Pavón y la Flora del Perú (1777-1788)*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1982.



Retrato de Hipólito Ruiz. Gentileza Archivo Real Jardín Botánico de Madrid- CSIC.

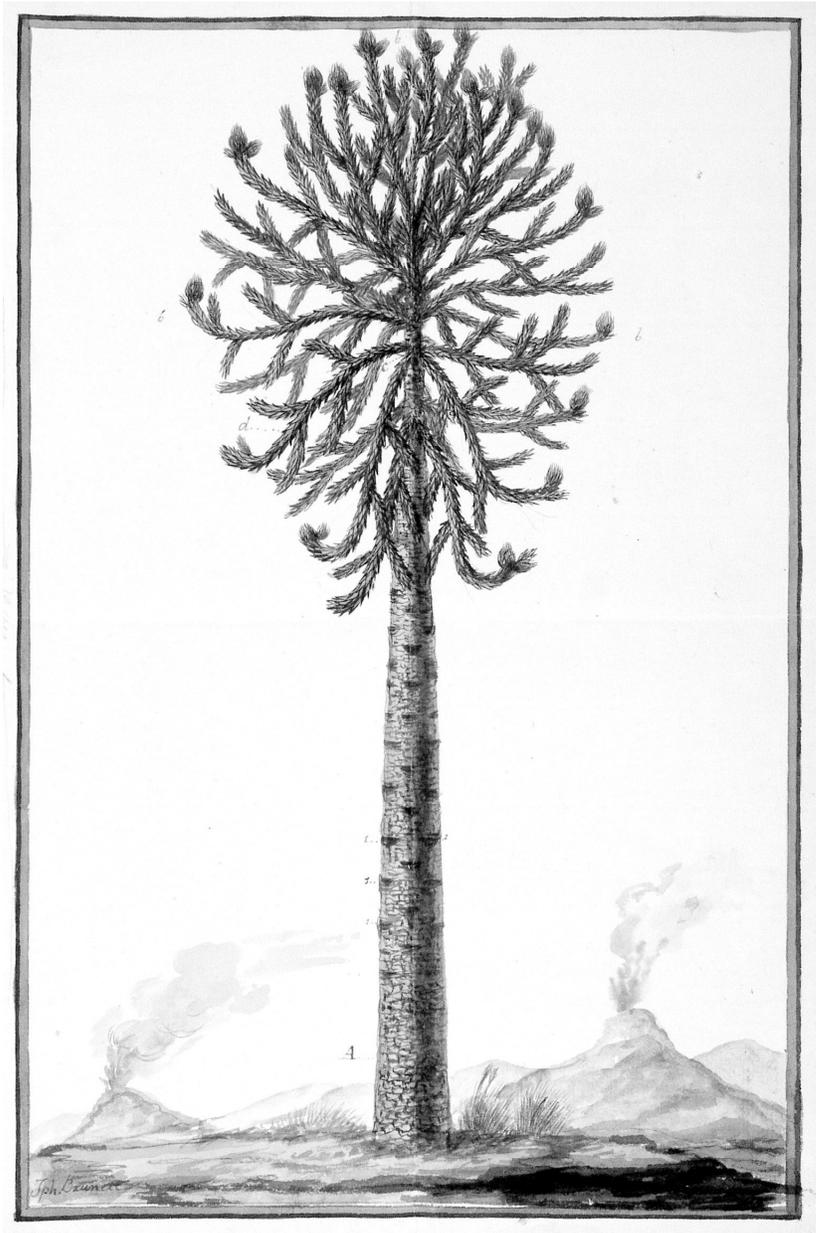


Ilustración de una araucaria, nombre no aprobado por Hipólito Ruiz (ver nota 8).

